

Ese prodigio que el tiempo esquivo realizaba sólo para él, le daba espacio para imponerse de todas las publicaciones literarias que de cerca o de lejos se rozaban con las materias de su estudio, sin que dejara de leer los diarios, de contestar a toda carta o tarjeta que recibía, y de sonreírse apaciblemente con los "versos en prosa" debidos a la pluma de los poetas contemporáneos, "maximalistas" de la poesía.

Conocía a fondo la Métrica Castellana, de lo que dió prueba en su atildada traducción de los *Tristes* de Ovidio, y en otras numerosas obras de verso que ha dejado manuscritas, o que corren diseminadas en varios órganos de la prensa.

Su virtud corría parejas con su saber y su labor. La sociedad de Santiago lo veneraba por ella, y eso que no conocía sino la mitad de su alma. Yo, que lo traté de cerca muchas veces y muchos años; yo, que conocía casi toda su alma, puedo asegurar que pertenecía a la raza de que emergen los santos inmaculados.

Por eso, cuando nos sentimos desalentados, apenados por su muerte, pienso que quizá nos hallamos distanciados de algún escondido y misterioso anhelo suyo. Quién sabe si la muerte no hizo con él sino el papel de libertadora; quién sabe si sinceramente no se decía alguna vez con el poeta:

*¡Cuándo será que pueda,
libre de esta prisión, volar al Cielo!*

(*El Diario Ilustrado*, octubre de 1920).

IV. MISCELANEA

RECUERDOS DE OTRA EDAD

1864

A LIDIA

¡Cómo los años vuelan!

Parece que ayer no más era cuando corríamos por la pajiza falda del cerro de *Lo Boza*, desde donde divisábamos nuestra pobre y alegre casita de verano, y, sin embargo, de entonces a acá han corrido diez o doce años. Todo parece haber sido un sueño: nuestros juegos, nuestra alegría, nuestros encantos, hasta el tiempo que ha trascurrido, y sólo nos quedan de tantos días de ventura recuerdos que amargan más las horas de nuestra vida.

Pero, porque a tí te gusta tanto que volvamos, siquiera con la memoria, a aquellos tiempos, voy a trazar aquí nuestras impresiones de entonces en el campo y las que hemos experimentado después. Sé que te complaces en leer las insignificantes producciones mías cuando se relacionan con la edad aquella que ya pasó y que nunca más volverá: ¿qué mejor estímulo para escribir?

Me acuerdo, como si fuera hoy, de una vez que estábamos sentados los dos a la orilla de las hierbas moras de la acequia, donde terminaba el alfalfal. Tú, con un vestidito de percal blanco, salpicado de flores rosadas, con la cara graciosa y risueña como siempre, y con tus cabellos biondos, lindamente echados hacia atrás por un cintillo de terciopelo negro, estabas sentada frente a mí, deshojando un cogollo de flores de durazno, y escuchando con atención uno de los cuentos de brujos que yo te contaba y que tanto te entretenían.

¿Te acuerdas que no te gustaban las historias que tenían un fin desgraciado? Así fué la que te conté entonces, por lo que al terminar me dijiste:

—Cuéntame otra que sea más alegre.

Y, recogiendo de la falda las flores que tú misma habías arrancado al renuevo, me pusiste una en el ojal de mi blusa, y con otras dos adornaste tus cabellos. ¡Qué encantadora te veías con las flores de durazno bajo el cintillo! Desde entonces he cobrado cariño a esas flores tan sencillas, pero que encierran tantos recuerdos para mí.

—Bueno, te dije; te contaré el cuentecito que he oído a ña Brígida esta mañana, mientras la acompañaba en el frutillar.

Te arrellanaste en nuestro mullido asiento de *alfilerillo* y correhue-las, en señal de que me ibas a oír atentamente y de que deseabas que empezara.

No me hice de rogar.

—Allá, en el camino que lleva al río, debajo del sauce y de los *quilos* de las bardas, tenía su rancho una viejecita tan pobre como desgraciada. A pesar de los achaques y de los años, diariamente venía al cerro a recoger trocitos de espino negro, y en el verano iba a los *potreros* a aprovecharse de los rastrojos de las siegas.

Un día de lluvia en que caminaba por las entonces áridas laderas de *Lo Boza*, cubierta la cabeza con la bolsa de acarrear leña, y tiritando de frío, divisó en el sendero un arbolillo lozano y cargado de flores verdegayes.

No dejó de causarle extrañeza lo que veía y, al acercarse a examinarlo con curiosidad, notó que era un almendro, tan enhiesto y vigoroso, que sus flores llevaban mucho vicio en su raro tamaño y hermosura. Cogió algunas y echólas al saco *por no dejar*.

De vuelta a su choza, empezó a hacer fuego, y, mientras éste se encendía, levantó la sucia y abigarrada colcha de la cama y vació debajo cuanto contenía la bolsa, que después colgó en un garabato para

que se secara al viento. Sentóse, en seguida, al amor del fuego, y empezó a avivarlo soplándolo con los ruedos de su *pollera* de bayeta azul. Mirando estaba distraídamente a uno y otro lado cuando vió que algo relucía y brillaba debajo de la cama. ¿Serían los ojos de *Coquito*, su flaco gato romano? Llamólo, y pronto el animal se despezó e irguió en un rincón de la pieza, donde dormía encima de unos pedazos de alfombra descolorida. ¿Qué sería?

—¿Qué era? me preguntaste tú.

La viejecita se acercó con supersticioso recogimiento, y, levantando la colcha, puso la cabeza debajo del catre, . . . y después se sintieron un grito y un quejido, aquél de admiración, éste de dolor, porque al ver lo que brillaba, se asustó tanto que retiró la cabeza bruscamente y se pegó en los bordes de un barrote del catre de madera.

—¿Y?

Pasado el aturdimiento, metió la temblorosa mano debajo de la colcha, y la sacó . . . ¿a que no adivinas con qué? . . . con las flores del almendro que se habían vuelto flores de oro macizo.

—¿De veras? Y ¿qué hizo la viejecita?

Se vino en el acto, sin acordarse del viento ni de la lluvia, a las veredas del cerro, las recorrió una por una, creyendo que su mala memoria le había hecho olvidar la que recorriera una hora antes, y pasó así hasta la tarde, en que, cansada ya, se volvió a su rancho. ¡El almendro maravilloso había desaparecido!

—¡Pobre viejita! ¿Y qué más hubo?

—¿Qué más? Que fué a la capital, vendió a un platero de la calle del Puente sus ricas flores, pudo vivir con más holgura (porque guardó en secreto su tesoro), y aun mandó decir varias misas por el bien de su alma y de la de su *finado*.

—Así me gustan los cuentecitos, que no la hagan llorar a una, sino que acaben bien, como el de las flores del almendro.

En ese momento nos llamaron, y vimos que la Antonia nos esperaba debajo del más grande de los perales armenios, a quien nosotros conocíamos con el nombre de *el peral último*.

—¿Qué, no quieren almorzar, niños? Ya el almuerzo se está enfriando en la mesa.

Nos levantamos entonces con pesar, y echamos a andar lentamente, tú apoyando uno de tus redondos y rosados bracitos en mis hombros, yo apartando del camino los huesos y terrones con una varillita de *maqui*. ¡Cuánto nos demoramos en el trayecto! Ya nos deteníamos al pie de los ciruelos, a sacar la resina de su tronco, ya delante de las matas de rosas del año, para ir sembrando con las hojas de sus flores el suelo por donde pasábamos; ya corríamos detrás de esas lindas abejas aterciopeladas y grandes, para amarrarlas después a un hilo, y verlas subir a considerable altura, o ya extendíamos la mano y alcanzábamos del peral redondo alguna pera cereza, de esas dulces y harinosas, para comer, *aunque no*

fuera más que por embromar, o, como sucedía las más veces, para que tú comieses una mitad y yo la otra.

Todas estas demoras eran otros tantos regaños de la Antonia: pero ¡la queríamos tanto! Había mecido mi cuna en los albores de la vida, y después habíame adormecido en sus faldas con cariñosa solicitud!

Así es que, cuando pronunciaba la frase sacramental —Está bueno; yo se lo diré a la señorita—, los dos corríamos a ella, le impedíamos andar, colgándonos de su cintura y la obligábamos a prometer que no diría nada.

Almorzábamos después. ¡Con qué ganas come uno cuando es niño y cuando está en el campo!

Pero, recuerdos que son tan materiales porque son gastronómicos, no te gustarán a ti que eres tan ideal; por eso los paso por alto, y refresco mi memoria para hablarte de las escenas del mediodía, que era la parte más tranquila de nuestra inocente y encantadora existencia de entonces.

—Vamos a ver *monos*, me decías saltando hacia mí, así que habías concluido de comer.

Y juntos los dos, íbamos a sentarnos en nuestras silletas de paja, en el corredorcito de atrás, a la sombra de los naranjos y enfrente del jardín.

Las tardes de la granja, ese libro que tanto leíamos en aquel tiempo, era aquel cuyas láminas repasábamos diariamente, comentando sus escenas y figuras de alguna manera original, con algún detalle nuevo cada día.

Hoy, después de pasados tantos años, después de que he hecho algunos estudios, cuando abro aquel mismo ejemplar, muchas de cuyas hojas están descuadernadas, algunas con manchas de tinta y todas señaladas en el margen de afuera por el mucho uso, cuando lo abro, digo, aparecen ante mí en tropel todos aquellos días, todas aquellas escenas, todas aquellas lecturas, todas aquellas conversaciones, y lo vuelvo a cerrar, temeroso de que se escape de sus hojas el grato aroma de la edad venturosa que pasó, no de otro modo que aquel que en lo avanzado de la noche, despierta viendo pasar confusamente ante sí las lindas imágenes del paraíso que sueña, y cierra los ojos y vuelve a dormirse, para tornar a ver esas visiones de dicha que nunca le presenta la realidad.

En ese libro encontrábamos todos los tipos: el de nuestros padres, el tuyo y el mío, el de la Antonia, el de cuantos conocíamos, en fin, y a cada nombre del libro le aplicábamos uno de nuestras relaciones. ¿Te acuerdas de cuando tú leías algunos pasajes, y de cuando inocentemente me preguntabas algún nombre francés o inglés que no acertabas a pronunciar? Yo sabía leer menos que tú ¡e iba a saber idiomas extraños!

Pero, el reloj del esquinerito de la sala daba la una: tú te ibas a marcar, sentada en el alféizar de la ventana y yo al comedor a hacer

planas o a pelear en voz baja con la Antonia, esperando que llegaran las tres, hora de ir al baño o de tomar once.

¡Qué bueno! Ese día no hubo baño, porque hacía un sol abrasador; eso quería decir que desde las tres hasta la hora de la comida nos iríamos al alfalfalito sembrado de duraznos, a pasar las horas muertas, que tan bien sabíamos pasar los dos.

Allí estaba ño Tomacito segando, y nosotros íbamos a buscarle conversación, para que nos contara alguna historia o para que me prestara la hoz con que segaba.

—Préstasela, ño Tomacito, le decías.

—No, respondía él; se enoja la señorita porque el caballero se ensucia las manos y puede cortarse algún dedo.

Así seguía la cuestión hasta que el bueno del trabajador concluía por acceder a mis deseos o por distraer nuestra atención con cuentos cualesquiera.

He aquí que las sombras han bajado ya sobre las cumbres de los cerros; los álamos de los caminos se balancean suavemente a impulsos del ligero viento de una tarde de verano; los pájaros que alegran el día con sus cantos van de retirada hacia sus nidos, al tiempo que se ve revolotear a las aves de la noche; de las chacras llegan los mugidos de los bueyes y el chirriar de las carretas que se retiran a la alquería; a la animación y bullicio del trabajo han sucedido la calma y el silencio del descanso; nosotros, empero, más meditabundos que alegres, nos dirigíamos a andar por los bordes del camino que tapizaban los nabos, los *llulos* y las *melosas*. Tomados de la mano, sin hablar palabra, llegábamos hasta los marcadores de la acequia, y volvíamos para rezar el rosario de todas las noches.

Y después, sentados los dos en una alfombra de iglesia, jugábamos al *carga-burro* o al tenderete, nos decíamos adivinanzas o llegábamos a proponerlas a cuantos estaban en la sala, hasta que a las nueve nos daban sendos pocillos de leche y nos echaban a dormir . . . a dormir, para no soñar, porque no sueña venturas el que las posee todas; a dormir, para reanudar al día siguiente la cadena de goces, de íntimas confidencias, que nosotros creíamos continuaría siempre, pero que el tiempo cortó con mano despiadada, cuando más unidos por la afección y los años estaban sus eslabones, y cuando nos prometíamos llegar al fin de ella con las manos más estrechadas que al empezar a formarlas, y con el corazón tan libre e inocente como entonces! . . .

Santiago, 15 de septiembre de 1876.

(*La Estrella de Chile*, págs. 955 a 958).

RECUERDOS DE OTRA EDAD

1866

A LIDIA

¿Te acuerdas del 24 de diciembre de 1866?

Como a las nueve de la mañana de ese día bajaba yo por la escalera de piedra del Instituto, saltando de a dos en dos sus peldaños, con el alma henchida de satisfacción y con la cara más risueña y alegre que la Pascua que iba a celebrarse esa noche en la Alameda: había sido aprobado en el último de mis exámenes de ese año, el de Historia Antigua y Griega, y a la puerta del Colegio de los Padres estaba, con la cama y bolsas de ropa en el pescante, el coche en que debía irme al Perejil.

Dije adiós a aquellos buenos maestros que me formaron el corazón y la inteligencia, dije adiós a los libros y a esa Casa que albergó los días felices de mi vida, y, asomado a la ventanilla del carruaje, ví con gozo infantil desaparecer rápidamente los edificios y las calles, hasta que atravesando la línea férrea del norte, frente a la Hospedería de San Rafael, me encontré en pleno campo, aspirando con delicia el aire puro de sus sembrados y el aroma del *alfilerillo* y de las flores del peral y del durazno. ¡Con qué placer reveía los árboles, las acequias, hasta las tapias del camino que conducía a mi casa! —Cómo se ha desmoronado esta pared, le decía aquí al cochero; más allá le hacía notar que la puerta de ese bodegón era antes blanca con listones azules, y ahora estaba pintada de verde; en otra parte, en fin, le noticiaba de que el puente por que pasábamos tal o cual acequia era nuevo, porque otras veces nos habíamos detenido, con el agua hasta el eje de las ruedas, a fin de que allí bebiesen los caballos.

Medía hora después, el coche entraba al patio de mi casa, y de un salto estaba yo en el corredor. ¡Qué ruido, qué vocería al recibirme!

—¡Ya llegó! dicen mis hermanas, enredándose los vestidos en las llaves de las puertas por el apresuramiento de salir.

Y luego al punto, sin tener espacio de hablar más que una u otra palabra, hubé de ir saludando a todos, sin dejar ni a ño Andrés ni a la Isabel. Te acordarás que tú también estabas allí, y algo agitada, porque habías corrido desde el jardín de adentro, al sentir que entraba un coche al patio.

Una letanía de exclamaciones fué aquel momento.

—¡Qué flaco vienes! decía una.

—Tanto que ha estudiado, pues, contestabas tú.

—No es tanto lo flaco como lo *quemado*, decía otra. Debe de haberse llevado todo el mes al sol.

—¡A ver, niño! ¡Qué largo tienes el pelo! ¿Por qué no te lo cortaste antes de salir de Santiago?

—Y ¡qué lleno de tierra! Si está *inconocible* la chaqueta . . . ¡Y venir al campo con el traje de salida!

De éstos y otros mil comentarios fuí objeto o víctima mientras el cochero desataba el colchón y transportaba cuanto venía en el pescante y el interior del coche al cuartito que se me había preparado. A poco rato y, después de haber entrado contigo a arreglar mi cama, los libros, la mesita y las sillas, nos fuimos a almorzar.

Agradable era el olor que despedía un canasto de esas frutillas tan sabrosas y granadas, como sólo se dan en el Perejil, y ese perfume y el aire y la luz del campo daban al comedor un atractivo y una hermosura tal que así con su sencillez y rusticidad me parecía mucho mejor que el más alhajado de los que había visto en Santiago.

—Esta noche hay *misa del niño* en la capilla de la Punta, me dijiste. ¿Iremos?

—¡Cómo no!

Y durante el día nos echaron a dormir una siesta, a fin de que estuviésemos despiertos a las once de la noche. Llegada esta hora, formóse una verdadera caravana. Mi mamá y hermanas y varias otras personas subieron a una carreta, de ésas de paredes de *totorá*, de ventanillas de palo pintado y de toldo de cuero de vaca, mientras que tú, yo y ño Andrés teníamos sendos caballos preparados.

El tuyo era uno negro, de paso, muy manso, bien enfrenado, y con una sillita forrada en paño de color atigrado; el mío era bayo, alto y aficionado a andar con garbo y fogosidad.

—Vénganse junto a la carreta, nos dijo mi mamá; ño Andrés, cuide de que no hagan locuras y de que no galopen, porque se van a caer.

El chirriar de las ruedas nos avisó la partida, y nos pusimos los tres detrás, como haciendo guardia de honor.

La noche estaba clara como el día, y la luna llena se alzaba en medio de un cielo azul, purísimo y despejado. Salimos al callejón, andando con mucho despacio, y, al torcer hacia el camino de la Punta, te dije al oído: quedémosnos atrás para galopar después hasta alcanzar la carreta. Y poco a poco y con disimulo, nos fuimos rezagando un buen trecho, hasta que ño Andrés se volvió para llamarnos. Nosotros le contéstamos emprendiendo el galope, a pesar de sus protestas, y así, en paradillas y carreras, llegamos hasta las dos columnas de adobés que abren la calle que conduce a las casas de la Punta.

Desde entonces no pudimos hacer las gracias de antes, porque era tanta la gente de a pie y de a caballo que llevaba nuestra misma dirección, que el camino era estrecho y ocasionado a los atropellamientos. Al fin, transpusimos las otras dos gruesas columnas pintadas de blanco, que abren el ancho patio de la hacienda, y en él sentimos la más confusa y descomunal algarabía. Más de veinte niños, apostados en la puerta de la

capilla, atronaban el aire con sus *chicharras**, sus *canarios*, sus *cuernos* y sus *capa-gatos*, y a cada uno de cuantos entraban, o le decían una frase chocarrera o le hacían resonar en los mismos oídos los agudos y destemplados sonos de sus campestres instrumentos.

Henos ya dentro.

Como hace tanto tiempo, acaso tú no recuerdas cómo era la iglesia de la Punta, y acaso sentirías placer en trasportarte allá, siquiera con el pensamiento: yo la he vuelto a ver, hace pocos días, en tristísimo abandono, pero sin que haya variado ni en un ápice de lo que era hace diez años.

Su torrecilla frontera, de tablas un tiempo pintadas de blanco, y la puerta cuadrada y de color verde le dan el aspecto que tienen en su mayor parte las capillas de nuestros campos. Dieciocho a veinte varas de largo por siete u ocho de ancho será su extensión y el piso es de ladrillos de greda, de esos chicos que tanto se usaban hasta hace algunos años. Vese en él, a la subida del presbiterio, una lápida blanca con esta inscripción:

+

“AQUÍ REPOSAN LAS CENIZAS
DE DON
FRANCISCO DE PAULA GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS,
SU ALMA INMORTAL VOLVIÓSE AL CIELO
TRES AÑOS DESPUES DE HABER REEDIFICADO ESTA CAPILLA
SE ABRIÓ PARA ÉL ESTA SEPULTURA
EL 24 DE JUNIO DE 1839.
FUÉ BIENHECHOR I LIBERAL EXTRAORDINARIAMENTE.
NECESITADOS, LAMENTAD SU PÉRDIDA,
I PEDID AL CREADOR
QUE MULTIPLIQUE LOS IMITADORES DE ESTE MODELO.”

El único altar es de madera, pintado de blanco con vetas azules-negras, a imitación del mármol; en el nicho del centro hay una efigie de Nuestra Señora de la Candelaria, cuyo vestido ha sufrido un tanto los estragos del tiempo, y a los lados y entre las columnas, se ven, a la derecha un San Rafael y a la izquierda un San Miguel, de reducidas proporciones. Antes de llegar a la puerta del costado, que da al mismo patio (pues el edificio de la iglesia forma un ángulo con el de las casas), se ve un confesionario, pintado de rojo oscuro, con planchas de hoja de lata agujereada a uno y otro lado, y con un cojincillo forrado en tela de damasco, que debió de ser blanco con flores verdes; al frente, hay un púlpito del mismo color del confesionario, cuadrado y un tanto más alto que éste, a donde se sube por cinco pequeñas gradas. Un buen dibujo,

* En España llaman *chicharra* lo que en Chile *capa-gatos*. (Véase la primera de estas voces en el Diccionario de la lengua).

que representa a San Juan, se ve a un lado del presbiterio, y de ambos cuelgan espejos de color de plata. El coro es estrecho, levantado sobre el nivel de la puerta principal, y hoy día se halla convertido en depósito de trastos inservibles.

Dos ventanas, una alta y colocada encima del confesionario, y otra más baja que está frente al altar, dan luz a esta capilla, antes limpia y abierta a los divinos oficios, hoy llena de polvo y completamente desamparada.

¿Te acuerdas de lo que tantas veces nos han contado?

A principios de este siglo, cuando estaba predicando el famoso padre Infante unas misiones, se sentían dentro del templo de la Punta espantosos alaridos, que perturbaban al orador y a los oyentes. Aquél, entonces, pronunció un conjuro, y así como después de que ha llovido y sale el sol se nacen del suelo espesos y húmedos vapores, así se alzó algo como una sombra sobre la cabeza de los devotos fieles. La sombra ésa, que despedía un penetrante olor a azufre, fué tomando consistencia y forma, hasta que, convertida en un culebrón, llegó a la ventana más alta, rompió un vidrio y salió con aterrador estrépito.

Desde entonces, a cuantos visitan esa capilla, se les muestra el agujero redondo y grande por donde arrancó el diablo...

¡Cuánta poesía y hermosura tiene una misa de media noche, oída con corazón sencillo, en un templo humilde, en el campo, y al rumor de los cánticos populares!

Allí, al lado del altar, se ve un altarcito hecho a imitación de un pe-sebre: el Niño está recostado adentro, con la Virgen, San José, los pastores y los animales que le calentaron con sus vahos; al pie hay *pacillos*, tazas, tiestitos de barro con trigo nacido y crecido entre algodonos, cañastillos con las primicias de los frutos de los huertos y de las chacras, juguetes, dulces, y cuanto puede llevar para regalo el pobre de nuestra tierra, tan pródigo y generoso cuando se trata de las cosas de su religión.

Pero, ya las luces están encendidas, la iglesia ha cobrado un esplendor nuevo, que parece fuera la aurora de la Redención, las flores son más vistosas, más agradables sus perfumes, y dentro del pecho se sienten conmociones que elevan el espíritu, que despejan la inteligencia, que ensanchan el corazón... He aquí que de repente los preludios de la música vulgar y sin ningún arte nos sacan de nuestra contemplación; las cantoras están afinando sus guitarras en el coro, y luego cantan la primera tonada:

*Señora doña María,
Aquí lé traigo un regalo:
Una gallina con pollos
Y una pavita con pavos,*

y junto con los últimos acordes de la voz se siente un ruido atronador: los muchachos, que están encaramados en la escalera del coro, han echado a

volar sus *chicharras, capa-gatos, cuernos y canarios*. Trabajo cuesta a las de la tonada cantar su segunda:

Sopas le llevan al Niño
Los pastores a Belén:
Como estaban tan calientes
Se las CHIFLÓ San José.

Torna a haber la misma vocería de antes, hasta que dan las doce, y sube el sacerdote al altar a celebrar el augusto sacrificio.

Todos lo oyen con profunda devoción y recogimiento, y, concluido ya, se van a sus casas, acompañados hasta en los más apartados callejones, por la consabida orquesta de los muchachos. Llegado cada cual a su hogar, pobre pero tranquilo, reúne a su familia y amigos y tienen una succulenta cena hasta que Dios manda sus luces, y ellos se van a dormir hasta muy entrado el día.

Tal es una misa del gallo, y tal fué la que oímos entonces, aunque yo, como chapurraba ya las declinaciones latinas, no estuve junto a ti, sino que fuí a ayudar la misa.

Concluía ésta, volvimos como habíamos ido, aunque más sosegados y oyendo los cuentos de ño Andrés.

—Aquí, nos decía, mostrándonos una cruz hecha con carbón en la tapia del camino, aquí mataron el otro día a un buen peón por quitarle unos veinte reales que llevaba a su mujer, y en ese mismo lugar, cuando yo estaba *huainita*, y venía con mi finado padre desde Pudagüel, sentí de repente que alguien se montaba en ancas de mi caballo y lo animaba para que corriera. Mi padre no veía nada, ni yo tampoco, y él creía que todas eran fantasías mías, cuando un sábado, regresando ya bien de noche, sintió lo mismo que yo, y notó que el bulto se bajaba y echaba a correr en dirección al *puquio*, que hay debajo de los marcadores de la acequia Cobina. La visión estuvo asaltando a todos los que pasaban por este camino, hasta que vino un padrecito de la Orden de San Francisco, que le hizo la cruz y la ahuyentó para siempre.

Entretenidos con ésta y otras tradiciones, llegamos a la casa: se desuncieron los bueyes y desensillaron los caballos, y nos fuimos a dormir, para celebrar al día siguiente la Pascua del Niño Dios, con la tranquila y bulliciosa alegría que uno usa cuando niño, y que después desaparece, junto con los encantos de esa edad, para dar lugar al silencio y a la forzada risa que nos piden la melancolía y la sociedad, ante la cual debemos presentarnos siempre como si el alma nadara entre flores, por más que constantemente la aguijen punzadoras espinas, porque nada hay más cierto que el profundo dicho del poeta:

*Si en la frente del hombre se leyeran
Escritos los afanes de su pecho,
¡Cuántos que envidia dan, lástima dieran!*

Santiago, 2 de noviembre de 1876.

(*La Estrella de Chile*, págs. 189 a 194).

EL ESCUDERO DE BADAJOZ

Si el bueno de Garibay que tantas consejas nos trae en los veinte libros de su "Crónica Historial de España", hubiera escrito la del reinado del "rayo de la guerra" como con sobrada justicia llamó Cervantes a Carlos V, de seguro habría contado lo que ahora nosotros, y que hemos construído sobre un argumento del "Cronicón albeldense" que fué traducido al francés por don Luis Viardot, al fin de su "Historia de los árabes y de los moros en España".

Y empezámos el cuento sin más preámbulo que éste, a nuestro juicio necesario, para evitar los cargos que acaso alguien pudiera hacernos de apropiarnos lo ajeno.

Hacia fines del reinado de Carlos V, don Alfonso de Gorriz era la gloria de Badajoz y el escudero tenido en más alto predicamento en toda Extremadura: bizarría y fuerzas no le faltaban, y su espíritu estaba lleno de conocimientos tan varios como útiles, de manera que en su pueblo era casi refrán decir: "Don Alonso lo sabe todo".

Pero, el tiempo avanzaba: tenía veintisiete años, sus mejillas estaban cubiertas de espesa y negra barba, y la espuela del caballero no reemplazaba aún los humildes aliños del escudero. Se había ocupado demasiado tal vez en el estudio de las ciencias y descuidado el de las armas, en tal manera que ya miraba como un imposible el subir a las altas cimas que en esos tiempos aquéllas proporcionaban. Deseos, con todo, no le faltaban, e impulsado por ellos, pensó en hacer pacto con el diablo, valiéndose para el caso, de uno de los mágicos más bien tenidos a la sazón en España. Don Andrés se llamaba el mágico, y vivía en una especie de alquería miserable y estrecha en las afueras de Toledo, en compañía de una vieja que le cocinaba y le ayudaba tal vez en sus mixtos y evocaciones.

Fué a verlo el ambicioso don Alonso, y aunque el mágico trepidó mucho antes de hacerlo entrar a sus infernales retretes, los ruegos del escudero lo persuadieron de ello.

—Gertrudis, dijo don Andrés, cuece hoy dos perdices: este escudero comerá conmigo.

Entonces abrió la puerta de su oscuro gabinete, el cual se veía tapiado de multitud de pedazos de huesos y de vidrio, y en que pendían de

las paredes numerosas retortas y tubos de cristal y de greda, que debían encerrar venenosas mixturas, a juzgar por el olor pestilente que reinaba en la habitación. Don Andrés acercó lumbre a una mecha que sobresalía en un tarro de aceite, colgante desde el techo por medio de un garabato. Así ya, a media luz, el mágico pronunció tres palabras que, según él, comprendían su ciencia toda, y eran el obligado inicio de todo el que de ella quería participar.

En esto estaban cuando entró la Gertrudis seguida de un mensajero que pedía se le dejara hablar al momento con don Alonso de Gorriz. Anunció que venía de Badajoz, adonde había ido primeramente a buscarlo, pues traía orden del emperador de anunciarle que pronto iba a verificarse en Madrid un lucido torneo, en el cual el duque de Croy debía armarle caballero, en recompensa de sus innúmeros servicios. Fácil es comprender cuál sería la presteza con que don Alonso empezó a disponerse para el viaje, en el cual se ofreció a acompañarle don Andrés.

Fué acogido en el campo en medio de grandes honores, y el día del torneo desplegó habilidades tan extraordinarias que dejaron a todos pasmados y que le valieron ser armado inmediatamente caballero, en medio de los vítores y aplausos de una numerosa concurrencia.

A la mañana siguiente, le presentaron unas letras de la majestad de Carlos V, por las cuales lo hacía su gobernador en Badajoz.

Apenas son de figurarse la alegría y el orgullo que don Alonso experimentó cuando entró triunfante en su ciudad, felicitado por los alcaldes, saludado de todas las ventanas, adornadas con coronas y ramos de flores, y ensordecido por vivas y aclamaciones unánimes. Don Andrés lo acompañaba y recibía de él mil testimonios de un bien fingido reconocimiento. Cuando después de los saludos y del festín, don Alonso se encontró a solas con su mágico, le estrechó la mano y le prometió que no olvidaría sus buenos servicios.

Pasaron algunos días: don Alonso gobernaba su partido con universal contentamiento, y éste fué tal que los mismos habitantes de Badajoz creían que era demasiado para ellos tan buen gobernador. Luego llegó a él el emperador por las cuales se le nombraba gobernador de Córdoba. En fin, su prosperidad marchaba viento en popa, y de Córdoba fué trasladado a Toledo y de Toledo a Madrid, donde fué hecho grande de España, caballero de Calatrava, Ministro de Gracia y Justicia y, en fin, primer Ministro, con todos los honores correspondientes a su rango y posición.

Cada vez que don Alonso ascendía a algún nuevo alto puesto, el mágico le exigía la recompensa de sus servicios: pero el exaltado escudero difería siempre el acuerdo de dársela hasta el día siguiente. Sin embargo, cuando don Andrés lo vió ya de primer Ministro del más poderoso monarca de los mundos, le hizo presente que ya él pensaba retirarse, pues no le podía servir de mucha ayuda, y solicitó como único premio por haberlo elevado a tan excelsa dignidad el gobierno de Badajoz.

—Con toda mi alma os lo daría, dijo don Alonso; pero lo tengo prometido a un sobrino a quien no puedo dejar de contentar. Supongo que no tomaréis a mal que me ocupe primero en mi familia . . . Los demás puestos que solicitó el misterioso sabio se hallaban también dados o prometidos, y el primer Ministro terminó la entrevista con la cómoda palabra: “¡Esperad!”.

Dos meses después, una numerosa y brillante caballería se detenía a las puertas del palacio del primer Ministro. Veinticuatro nobles caballeros que llegaban de los Países Bajos traían la noticia de la abdicación de Carlos V. Admitidos ante don Alonso, a quien saludaron con las mayores muestras de veneración y respeto, pusieron en sus manos un pliego cerrado, envuelto en primorosos y riquísimos encajes. Era el acta de la asamblea en que los príncipes electores del imperio, reunidos en Aquisgrán para dar un sucesor a Carlos V, habían acordado unánimemente conceder el cetro y corona al primer Ministro del imperio don Alonso de Gorriz. Don Andrés leyó este documento en alta voz, y desde luego los veinticuatro caballeros presentes prestaron fe y homenaje al nuevo emperador. Entonces se improvisó una gran fiesta, y el pueblo estuvo entusiasmado durante varios días. Cuando los públicos regocijos concluyeron, don Andrés llamó aparte al recién elegido emperador y le dijo:

—Señor, heos ya en la cumbre. A nada más alto podéis ascender en el mundo, salvo que pretendáis ser Papa. Es tiempo de que cumpláis vuestras promesas, y de que me probéis que no sois ingrato. Vais a dejar la España; yo no os pido sino un modesto puesto en ella, en donde me quedaré.

—Justa es vuestra petición, replicó don Alonso; pero la noche es buen consejero y dejaremos este asunto para mañana.

—Siquiera, señor, repuso el mágico, ya que vais a coronaros en Flandes, dejadme antes de partir alguna cantidad de oro como recompensa de los muchos y buenos servicios que os he prestado.

—Eso también lo dejaremos para mañana, contestó el electo emperador y despidió a don Andrés.

Fama es que esa noche durmió con la corona puesta, temeroso de que alguien, mientras el sueño, se la arrancara, y cuando sus escuderos vinieron a despertarlo para emprender el camino de los Países Bajos, en cuya capital debía coronarse solemnemente, lo sorprendieron en paños menores y con corona.

A tiempo que iba a montar a la dorada carroza, el mágico, que se quedaba en España, lo llamó a un lado y le recordó las promesas de la víspera.

Don Alonso le contestó:

—Os dije que la noche era buen consejero. He reflexionado en las cosas en que os ocupáis —son peligrosas— están condenadas por la Iglesia — y yo no quiero servirme de ellas. Soy soberano — debo respeto a las le-

yes que proscriben la magia. Todo lo que puedo hacer por vos es no entregaros al brazo secular.

—Volved, pues, a vuestra casa.

—Pero, señor, replicó don Andrés, dadme siquiera algunos dineros...

—Tomad, dijo entonces el emperador, e idos. Y le dió unos cuantos maravedíes.

Don Andrés dió algunos pasos hacia atrás, pronunció las tres mismas palabras mágicas que en el principio, abrió su ventana, apagó la lámpara y gritó: "Gertrudis, no cuezas sino una perdiz: el señor escudero no come conmigo."

Don Alonso despertó como de un sueño y se encontró en el oscuro gabinete misterioso de don Andrés: todas las maravillas de su vida habían pasado en una hora; y todo era ilusión, exceptuadas las pruebas que había dado de su mal corazón.

(*La Estrella de Chile*, 1874).

EL HERMANO CANTALICIO *

Al señor don José Isaac Ortiz. En memoria del domingo 3 de junio de 1887

I

LA CONTADORA

Al pié del cerro de San Cristóbal, en la ribera norte del Mapocho, i a cinco kilómetros de la Plaza de Armas, se ve un edificio antiguo, de paredes altas i gruesas, de entrada a estilo de cuartel u hospital, i de patio, hoy día cubierto de árboles i flores, pero que, desnudo de unos i otras, podría dar desahogado alojamiento a una docena de carretas.

Es la Casa de Ejercicios espirituales, fundada en 1831 por doña Mercedes Contador, i que nuestro pueblo conoce con el solo nombre de La Contadora.

Dos veces en el año sirven sus habitaciones de asilo de penitencia i expiación a los que, con el sudor de la frente, comen el pan negro pero honrado de la pobreza; dos veces en el año resuena su espaciosa capilla con dulces cánticos de alabanza al Criador, o con los sinceros jemidos del corazón contrito; i dos veces en el año los rumores del Mapocho, que lame los graníticos cimientos en que descansan los anchos muros, traen a la memoria, en las horas silenciosas de la noche, los bramidos de la mar irritada,

* Se ha conservado, como curiosidad, en este trabajo la ortografía chilena o reformada. ¡Adviértase que el señor Nercasseau y Morán escribía en 1877! (Nota del compilador).

remedo fiel de las tempestuosas pasiones del ser humano, inspiran recogimiento, infunden secreto pavor, i convidan a meditar a los que se revuelven en los mal mullidos lechos de la Casa, pidiendo a la noche horrores i tinieblas para ocultar la vergüenza que les causa su pecado, vergüenza que es precursor del provechoso remordimiento.

I I

LA CARTA DEL PADRE BISQUERTT

En septiembre de 1850, tuvo lugar en La Contadora la segunda corrida de ejercicios de ese año, i fué el director el Reverendo Padre Frai Luis Bisquertt, religioso franciscano.

Entre los muchos ejercitantes de faz tostada i de manos encallecidas en el trabajo, sobresalía un joven, al parecer de veinte a veinticinco años, carirredondo, de color encendido, ojos azules, cabellos rubios i que tiraban a pelirrojos, de continente airoso i de porte despreciativo. Hablaba mal el castellano, i hacia contraste con su figura, un si es no es distinguida, el burdo poncho araucano que le caía hasta las rodillas, encubriendo un poco los pantalones de tela tosca i ordinaria.

Luego al punto supo el padre Bisquertt, que era ése un jóven de los Estados Unidos de Norte América, que deseaba separarse de la junta protestante i ser recibido en la comunión de la Iglesia Católica, por lo que, conformándose a sus anhelos, le administró el Santo Bautismo, en cuya ceremonia sirvió de madrina la misma dueña de la casa, señora doña Mercedes Contador*.

Antes de retirarse allí donde le había encontrado la luz, fué el neófito al Padre Bisquertt, i le manifestó la resolución de entrar a servir a Dios como donado en el convento de San Francisco de Santiago, resolución que pareció tan bien al discreto confesor que acto continuo, dió al recién convertido una carta para el R. P. Frai Juan Jerónimo Chavarría, entonces Rejente de estudios i Lector de Teología en aquella comunidad. Carta en que recomendaba con encarecimiento al portador, i declaró sus bien puestas i cristianas pretensiones.

Merced a ella i a algunas excelentes prendas personales, recibió el neófito de La Contadora el santo hábito de Nuestro Padre San Francisco a principios de octubre del propio año de 1850.

Desde entónces llevó el nombre de Cantalicio, con que lo conoceremos en adelante.

* Por un descuido que no acierto a explicarme satisfactoriamente, tratándose del bautismo de un hereje, no se asentó en ningún registro la partida del caso. En vano la he buscado en la parroquia de la Estampa i en los libros de licencias de la secretaría Arzobispal. (Nota del autor).

III

EN EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO

En los primeros días de su vida conventual, fué dedicado el hermano Cantalicio a acompañar al Reverendo Padre Maestro, Frai Manuel Araya, entónces provincial de la Comunidad Franciscana, i, para el efecto, se le señaló una celdita contigua a la de éste, en el patio interior de la celda de *oficio*, que está en el primer claustro.

Como el Padre Rejente de estudios advirtiera la despejada inteligencia del donado, pidió al Reverendo Padre Provincial que le ordenara seguir alguna asignatura, i, atendida esta sclicitud, pasó el hermano Cantalicio a vivir al lado de la celda del Reverendo Padre Frai Francisco de Paula Alfaro, quien debía enseñarle Gramática Latina. Pero, manifestando que había entrado al convento no para ser sacerdote, sino para servir a la Comunidad, negóse a estudiar el donado, i oyó sus excusas el Padre Provincial, pues lo eximió de tal obligación, i le dió el encargo de salir a las calles de la ciudad a pedir la limosna para la Enfermería.

Cuidaba entonces interinamente de ella el ya nombrado Padre Chavarria, i, al ver las buenas cuentas que rendía el hermano, creyó que sería el más adecuado para colector de la limosna con que había de sufragarse los gastos de la Beatificación del Venerable Siervo de Dios, Frai Pedro Vardcsi, colector a quien se pagaba (entonces los padres no hacían vida comun) un real en peso. Diósele, pues, este cargo al hermano Cantalicio, i, la primera vez que el padre Chavarria quiso arreglarle sus cuentas, el donado se ruborizó i declaró que no admitiría el tanto convenido, sino solamente, i de cuándo en cuando, lo indispensable para sus gastos.

IV

UNA SOSPECHA QUE SALVA LAS CONVENIENCIAS DEL SILENCIO

Como dos años estuvo con ese encargo el hermano Cantalicio, i, al fin de ellos, pasó a ser recaudador de la limosna para la Casa, empleo que le permitía consagrar algunas horas a diferente suerte de trabajos.

Por el mes de agosto de 1852, se le ocupó en acarrear adobes para el interior del convento, i el acarreo se hizo por la puerta falsa, que da a la calle de San Francisco. Frente a frente de ella, en un cuarto de la casa a que ha reemplazado ahora la de don Domingo Fuenzalida, vivía un sastre que notó, mientras el dicho acarreo, que el hermano Cantalicio tenía los brazos como de mujer, i entró en sospechas de que lo fuera, todo lo cual comunicó a unos dos novicios conocidos o amigos suyos.

Tres meses después, en noviembre, llegó del norte el Reverendo Padre Chavarria, visitador por entonces de la Provincia, i, a los pocos días, la comunidad entró a ejercicios espirituales.

El primer día de éstos, se halló en la ceremonia de la disciplina el donado en asunto, i ésa le produjo tal efecto que se desmayó, y le sobrevino un ataque de histérico, por lo cual hubo de sacarlo de la iglesia un corista, frai Ramón Salcedo, que fué clérigo posteriormente.

Esta circunstancia i las maliciosas sospechas en que había caído, provocaron mas vivamente la curiosidad de los novicios, amigos del sastre, i ambos se dijeron esa noche:

—Este hermano Cantalicio ¿será hombre o mujer? Sepamos el misterio, asegurándonos por nosotros mismos.

V

EL DESCUBRIMIENTO

Como a las siete de la noche del Jueves 23 de diciembre de 1852, nuestros novicios (cuyos nombres es mas que prudente callar) pusieron por obra el plan de antes combinado para descubrir el sexo del hermano Cantalicio.

Principiaron por mandarlo a comprar empanadas fritas a la Recova, situada en la Alameda, en el lugar que ahora tienen las casas señaladas con los números 127 i 129, i que siguen a la en que estuvo el antiguo colegio de Ballacey.

Con su lijereza de costumbre, desempeñó el donado el cometido, i volvió al cuarto de los novicios, donde éstos lo convidaron a comer empanadas, que aceptó el hermano acaso sólo por la deferencia que les debía, ya que ocupaba una posición mui inferior a la de ellos. A poco, dijéronle que era pesado e indigesto lo que habían comido, i que era menester cocerlo con aguardiente, por lo que le suplicaron les fuese a comprar un real de ese licor al bodegón que había al lado de la puerta de la Recova, en el cuarto que ahora tiene el número 125 B.

Así que llegó, los novicios hicieron empinar el codo al donado, que, como poco acostumbrado a la bebida, cayó pronto en una modorra mui parecida a la embriaguez, lo que dió motivo a que aquéllos le persuadieran a que no se fuese a su celda, porque había de ocasionar escándalo el verlo atravesar los claustros en el estado en que se encontraba.

Consintió, pues, el hermano Cantalicio en quedarse a dormir en la pieza de los novicios, i éstos, después de apagada la luz, se fueron al coro, i, en seguida, al refectorio para cenar.

De retorno ya, i a hora del silencio, uno de ellos entró a la celda, el otro se quedó en la puerta, hasta que el primero empezó a llamarlo diciendo:

—¡Hombre, ven a verlo, que es mujer!

A esta palabra, fatídica para él, el hermano Cantalicio despertó i comenzó a dar voces.

A duras penas, lograron los novicios acallararlo i persuadirlo a que se retirase a su celda, cosa en que al fin consintió, no sin haberlos antes ame-

nazado con un REVÓLVER, que siempre llevaba consigo. Mas, todo fué llegar a su aposento, que estaba en el patio de la Enfermería. i prorrumpir en llanto i lamentaciones, que fueron sentidas por el propio padre Bisquertt, entonces enfermero, i que fué a la celda del hermano Cantalicio a ver lo que sucedía.

A vuelta de muchos ruegos, consiguió el padre saber lo que había ocurrido.

VI

¿QUIÉN SABE?

¿Quién era esa mujer que de tan raro modo había violado la santa clausura del convento?

¡Quién hubiera creído que bajo aquella grósera manta negra, con listas coloradas, con que salió de La Contador el hermano Cantalicio, se ocultaban las formas delicadas de una mujer! ¡Quién hubiera creído, que, bajo aquel sucio sombrero de pita, ardía un cerebro medio tratornado por los desengaños de la vida, se ocultaba una inteligencia tenaz i poderosa hasta el punto de cambiar la debilidad en fuerza, hasta el extremo de casi trocar el sexo!

I ¿cuál era su nombre?

¡Quién sabe si en el siglo llevó alguno hermoso, emblema de virtud i belleza; quién sabe si se llamó Lidia o Fidelia, quién sabe si, allá, cuando se le abrían las rosadas puertas del amor i de la vida, murieron muchos amadores pronunciando los nombres poéticos de Laura o de Leonor!

¿Quién sabe?

¿En qué pensaba cuando, con la frente erguida i con los ojos bajos, recorría los misteriosos claustros de San Francisco, se sentaba en los macizos bancos de ladrillo que asombra el emparrado, i sentía los murmullos de la fuente i de las palmeras, únicos acompañantes de las plegarias que, momento por momento, se oyen en ese consagrado recinto?

¿En qué pensaba cuando, avanzando al jardín, la cobijaban las marchitas ramas del álamo tradicional, del primer álamo que se ha plantado en Chile, i que tiene toda la grandeza del padre de una familia que no se puede contar, i toda la poesía que imprime el tiempo, al dejar en la ruina i en la muerte la huella indeleble de su pasó devastador?

¿En qué pensaba ¡Dios Santo! cuando alzaba los ojos a la Madre del Señor bendita, a aquella madre que en el altar mayor de San Francisco es representada por Nuestra Señora del Socorro, en una imájen histórica que trajo don Pedro de Valdivia "en el arzón de su silla" de conquistador; en qué pensaba, cuando en ese mismo instante se hallaba violando un venerable asilo i quebrantando la regla seráfica, del modo que sola una vez ántes había sido quebrantada? ¿Quién sabe?

¡Misterios de la vida i del corazón humano!

VII

SORPRESA DEL REVERENDO PADRE CHAVARRIA

A las diez de la mañana del 24 de diciembre de 1852, se hallaba el Visitador de la Provincia Franciscana, Reverendo Padre Frai Juan Jerónimo Chavarría, sentado a su mesa de escritorio en la celda del Provincial, cuando le fué anunciado el Reverendo Padre Bisquertt.

Previo el premissa de estilo, entró éste con aire grave, i dijo al Visitador:

—Padre Nuestro, ¿sabe que hai una novedad?

—¿Cuál?

—Es que hai una mujer en el Convento.

—Y ¿cómo ha entrado?

—Es que ... es religioso de la Comunidad.

Quedóse abismado el padre Chavarría, pasó la mano por su espaciosa frente, i recorrió mentalmente uno por uno a todos los padres, hasta que, al fin, se fijó en uno lampiño.

—¿Será el Padre Antonio Briseño? dijo.

—Nó, Padre Nuestro: es el hermano Cantalicio.

—¡Acabáramos! exclamó el Padre Chavarría, libre ya de la pesadilla de que la mujer fuera alguno de los sacerdotes de la Comunidad.

VIII

SALIDA DEL CONVENTO

Al día siguiente, el Reverendo Padre Visitador oyó toda su historia a esa desdichada mujer, i empezó a tomar las providencias que tan grave caso requería, de las cuales la primera fué guardar el silencio más profundo, de tal modo que, fuera del héroe de la historia, de los dos novicios i de los ya mencionados padres que en ella intervinieron, nadie, en el convento ni en la calle, supo nada de lo acontecido.

Los novicios, después de recibir sendos *misereres*, dura penitencia de los conventos, fueron obligados a tomar mas que de prisa el portante, i, por su propio interés, hubieron de guardar, i acaso guardan aún, la mas estricta reserva en este asunto.

Dos días después, el 27 de diciembre, el hermano Cantalicio salió de la Casa Grande de Santiago llevando la convocatoria para el capítulo provincial, que se celebró el 14 de Enero de 1853, i con orden de dejar el hábito en el Convento de San Francisco del Monte.

I ahora, para dar una idea del secreto en que se mantuvo esta ocurrencia, es bueno consignar aquí un hecho curiosísimo.

El Reverendo Padre Frai Manuel Araya, en cuyo Provincialato todo esto se verificó, fué una tarde, como a las cinco, a casa de doña Cármen

Urriola viuda de Ureta, que vivía en la calle de San Antonio, a los pies de la casa que es ahora del doctor don José Gabriel Palma, i allí fué gravemente sorprendido por la nueva que habían tenido, meses atrás, una mujer en el Convento.

Era la primera noticia que del hecho recibía.

Habíala tenido la señora Urriola del señor Prebendado don José Miguel Aristigui, que iba todos los viernes a casa de ella a tomar café, a la hora mencionada, i a quien se la habían dado en un Monasterio, donde confesaba el Padre Bisquertt.

Mucho tiempo después, la señora Osandon, esposa del Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos, señor Haviland, contó al Reverendo Padre Chavarría, cuya confesada era, que su marido había recibido instrucciones de su Gobierno para buscar a la mujer en asunto y ponerla a disposición de los Tribunales norte americanos.

IX

EN TALCA Y CONSTITUCIÓN

Pasan algunos meses, que son una de las muchas lagunas de esta historia, i ocurre en Talca un nuevo suceso con el Hermano Cantalicio, vestido ya con la manta i el sombrero *maulino* de los *huazos arribanos*.

Era entónces intendente de esa provincia el señor don Cayetano Astaburuaga.

Edificábase el Hospital, i entre los peones que subían a las escalas llevando adobes o barro, se notaba uno mui joven i de figura, si no simpática, por lo menos algo distinguida, que llamó vivamente la atención del mayordomo del trabajo.

Quién sabe por qué modos, éste averiguó que el peoncito era mujer, i quiso tomarse algunas libertades, en que ella no consintió. Despechado por esta negativa, el mayordomo dió parte del suceso al Intendente, quien llevó a su casa al antiguo Hermano Cantalicio, donde su señora, doña María Rencoret, le hizo poner el traje correspondiente al sexo.

Para nuestra heroína, era éste el mayor suplicio, porque, como ella dijo al Padre Chavarría, tenía cuerpo de mujer, pero alma i fuerzas de hombre, i este suplicio la hizo discurrir i cavilar, hasta que logró evadirse i llegar secretamente a Constitución, donde se amparó en un buque i bajo el pabellón de los Estados Unidos de Norte América.

X

RARO ENCUENTRO

En abril de 1854, daba el Reverendo Padre Chavarría, en compañía del Reverendo Padre Frai Bernardino Rojas, unas misiones de Cuaresma en la chacra de los Cerrillos de lo Espejo, de propiedad de don Francisco 2º Ruiz Tagle.

Una noche, estaban en la sala este caballero, su esposa doña Joaquina Aldunate i los dos religiosos ya nombrados, cuando entró un sirviente para anunciar que unas señoras deseaban hablar con el Padre Chavarría.

Causó a todos extrañeza la demanda, por ser la hora ya algo avanzada i aconsejaron al sacerdote buscado que dejase el asunto para el día siguiente; mas, como las señoras insistiesen, salió el Padre Chavarría, i, con algún recelo, se acercó al extremo oscuro del corredor, donde ellas estaban.

—¿Qué se les ofrecía? fué su primera pregunta.

Adelantóse una, i

—¿No me conoce Ud., padre? dió por única contestación.

Aunque la voz no le fuera enteramente desconocida, no acertó el religioso a adivinar quién era la que le hablaba, i, después de una o dos preguntas mas i otras tantas respuestas evasivas, oyó de labios de la tapada:

—Yo soy la Cantalicia.

En efecto, era el antiguo donado de San Francisco, que iba a confesar con el Reverendo Padre Frai Juan J. Chavarría.

Todo lo que le había pasado desde la salida del Convento hasta entonces, quedó acaso guardado con el secreto eterno e inviolable del sijilo sacramental.

X I

RARÍSIMO ENCUESTRO

En noviembre de 1867, se hallaba en el Convento de los Padres Recoletos Descalzos de Lima el Reverendo Padre Chavarría, de vuelta de su segundo viaje a Europa.

En una de las veces que se sentó al confesionario de la Iglesia, se le presentó una penitente que, a través de la reja, lo saludó como a un antiguo conocido.

Respondióle el religioso con su urbanidad de costumbre, no sin extrañar, empero, tal amistad en un país que no era el suyo, i así lo manifestó a la señora.

Pero ésta, como en humor de broma,

—Si Ud. me conoce, padre, le dijo.

—¿Es Ud. limeña?

—Nó, padre.

—¿Chilena?

—Tampoco.

—Entonces, ¿dónde me ha conocido?

—Es que he estado en Chile algun tiempo.

—Pero ¿quién es Ud?

Al fin de otros varios rodeos, se dió a conocer la penitente, i resultó que era ... el antiguo hermano Cantalicio.

Dejo aquí la palabra al mismo confesor, para lo cual me valgo de unos apuntes con que ha tenido por bien favorecerme:

“Entonces me dijo (la Cantalicia) que pensaba volver a su patria, bajo el amparo de un hermano que la llamaba; que ella, después de haber pasado algun tiempo en Lima con una familia honorable, se había ido a Arequipa, donde estuvo a cargo de un colejo de señoritas; pero que se había visto obligada a volverse otra vez a Lima, para evitar la molesta importunidad de un señor, capitán, que solicitaba casarse con ella”.

¿Volverá el Padre Chavarría a encontrar ante su paso a la misteriosa hija de Nueva York?

¡Quién sabe!

La vida es a modo de un laberinto, donde en las vueltas i revueltas nos vamos encontrando con aquéllos que nos hicieron compañía en el principio, i a quienes, o creíamos llegados al término, o los hacíamos sentados, descansando de la fatiga; i, en muchas ocasiones, parece que Dios junta en el camino de la existencia, a la oveja descarriada i al pastor, para que se cumplan las órdenes que emanan de su infinita misericordia, i que alzan los corazones desde el lodazal del crimen hasta el heroísmo de la virtud y del sacrificio.

X I I

¿QUIÉN ERA ELLA?

Contestarán a esta pregunta las siguientes líneas, que tomo de los ya mencionados apuntes, escritos por uno de los principales actores de esta historia, por el mismo Reverendo Padre Chavarría:

“El Hermano Cantalicio nació en Nueva York, donde vivió en casa de sus padres, hasta que las tempestades de una ardiente pasión lo precipitaron en el abismo de la desesperación i del crimen. Su padre era un caballero austriaco, que alcanzó el grado de coronel en el ejército de aquel imperio, i su madre una señora de los Estados Unidos.

“Cautivada por las gracias i declaraciones de un joven paisano que solicitaba su mano, contrajo con él compromiso de matrimonio, sin la aprobación de sus padres, i sin sospechar los sufrimientos multiplicados, las amarguras i desgracias que esta falta o inadvertencia le iba a ocasionar.

“Su padre, que era un hombre de carácter altivo, inflexible i duro, se opuso tenazmente, e impidió por más de un año que la hija realizara este enlace, que ella estimaba ventajoso. Cansada de sufrir el mal trato que le daba su padre porque no desistía del compromiso que había contraído, se le presentó un día en su aposento i le declaró que por nada dejaría de realizar, cuando pudiese, lo que él le estaba impidiendo con tanta crueldad como injusticia. Al oír el padre esta declaración inesperada, salió de tino i cometió la torpeza de *guasquearla*. Esto exasperó a la hija e hizo brotar en su corazón el terrible designio de quitar la vida al autor de sus días, i escapar con el amante a Sud-América. Después de haber satisfecho su venganza con el padre, quitó también la vida al que era el

objeto de su cariño, porque se excusó o se resistió a partir inmediatamente con ella.

“Es probable que esta desgracia tuviera lugar allá por el año 1846, pues, según ella me declaró, estuvo cerca de dos años entre los indios de Arauco, i como un año en Concepción, antes de venir a Santiago, cuando, llevada por la curiosidad entró a ejercicios en la chacra de la señora Contador, que fué en septiembre de 1850. Contristada por el recuerdo de los sucesos referidos i con la esperanza de aliviar los dolores que despedazaban continuamente su alma, tomó la resolución de hacerse católica. Recibió el santo bautismo en dichos ejercicios, que los daba el R. P. Fr. Luis Bisquertt”.

X I I

CONCLUSIÓN

Tal es, breve i descarnadamente narrada, la historia de esa mujer que, con el nombre de HERMANO CANTALICIO, estuvo viviendo muchos meses i ceñida con el cordón de los Hijos de San Francisco, en una de las celdas del patio de la Enfermería de ese Convento.

Raras son las personas que en Santiago no han oído hablar de este hecho, casi sin igual; pero, muy raras son también las que han tenido detalles verdaderos de esta curiosísima historia.

Por eso, dándola a luz con toda la fidelidad i minuciosidad posibles, he creído hacer un servicio a la crónica de esta capital, que tiene tantas tradiciones i leyendas hermosísimas i conmovedoras. I, al hacerlo, he cuidado especialmente de no revestir de aire novelesco lo que es una pura historia, desdeñando, a las veces, hasta los atavíos del lenguaje con que fácilmente la podría haber engalanado, si así lo hubiera querido.

Esta es primera piedra, es cimiento sólido i ya preparado para el que quiera levantar el edificio de una novela o de un drama en que se expongan costumbres nacionales.

Santiago de Chile, 20 de noviembre de 1877.

DE VACACIONES

DE SAN BERNARDO AL CLARILLO

Eramos trece en todos —la docena del fraile, como dicen en lotería—, y, a Dios gracias, ninguno supersticioso, de esos que cuentan las personas antes de sentarse a la mesa.

Muy de mañana despertamos con la preocupación del paseo a caballo: —uno, a pesar de sus años y sus canas, vuelve a los quince cuando

se trata de correr por los campos, de aspirar el aroma de los árboles silvestres y de los arbustos de las orillas de los ríos, o de divisar desde las alturas los variados panoramas de vegetación que ofrece nuestro valle central. Y hablo de años y de canas porque el paseo no era de los bulliciosos y romancescos que se hacen a las entradas de la vida, en que todo es ocasión de amores, y en que suelen nacer algunos o para durar toda la existencia o para deshacerse con los principios del venidero invierno... La reina Victoria de Inglaterra cedió su corazón al príncipe Alberto durante un paseo a caballo en el verano de 1839... Una rama de reseda, cogida en los prados del camino, fué el símbolo de la alianza... En nuestra salida había mucho de prosa y poco de poesía: necesitábamos aquel sacudimiento del organismo que trae una andada a caballo, mudar de horizontes, salir de las costumbres caseras siquiera por un día, gozar, por lo menos en vacaciones, del rumor del río, de la alfombra de verdura, del canto de los pájaros libres, de la sombra de los maitenes y algarrobos, deshacer, en fin, alguna de las arrugas de la frente con unos instantes de expansión de ánimo y de olvido.

Y nada más... De los cinco hombres de nuestra ida, uno era muy niño, otro casado, y en dobles nupcias, dos éramos célibes incorregibles, y sólo el quinto era un mozo de esperanzas, de sueños y de porvenir. —El otro sexto tenía mejor representación: dos señoras, dos niñas y una niña—. Las demás personas eran la servidumbre: queríamos los encantos del campo con las comodidades de la ciudad.

Así que nos hallamos en sendos trotones, chilenos puros, algunos de ellos buenos ejemplares de esta raza de aguante y de espléndidas hechuras, que todos conocemos y queremos, aun cuando no luce el cuello erguido, délgado y flexible que caracteriza a la raza inglesa, y una vez enganchado el carruaje y apercebidas en él las provisiones, salimos de San Bernardo por el camino de San José.

Dejamos atrás esa capital de departamento, que no ha podido perder sus trazas de aldea a pesar de los alegres edificios con que la han embellecido algunos de sus propietarios forasteros. Las calles de San Bernardo, siempre polvorosas, con sus largos trechos enteramente eriales, sus aceras primitivas y su silencio y soledad raramente interrumpidos, tienen, sin embargo, el atractivo de sus dobles hileras de grandes árboles y del ruido del agua que invariablemente corre a uno y otro lado entre el pavimento central y la acera. Pero deberá pasar aún mucho tiempo antes que ese pueblo sea llamado legítimamente ciudad, porque para andar en él es menester usar el traje del campo, y la única vida que también se puede llevar es la vida del campo. Carece por completo de los atractivos que brindan las ciudades a los paseantes, y su único lugar de recreo, la plaza, no ofrece en la noche más que una lóbrega procesión de gentes que se esfuerzan por ser alegres, pero que no logran serlo, porque les falta el principal elemento, la luz. Teatros, no hay ninguno, a no ser compañías de la legua, organizadas y disueltas cada semana, y que trabajan en

un proscenio y ante un patio medio oscuros, y en cuyas representaciones de mojiganga toman a veces chistosa parte los espectadores. A las nueve de la noche no anda persona por las calles, y tanto es aquel silencio y tanta es aquella soledad, que uno recuerda las poblaciones sitiadas o en estado de activa guerra, en que tarde a tarde se toca a cierra puertas general.

En cambio de todos estos lados malos, de toda esta pobreza cívica, San Bernardo tiene el aspecto bueno de los hogares de familia, que son sencillos, afectuosos y corteses, como que sus forasteros moradores, al alejarse del bullicio de Santiago, han adoptado, o de grado o por necesidad, las siempre alabadas costumbres de los vivientes de los campos. La hospitalidad es amplia y cariñosa, y así como es puro el aire de alturas que se respira en ese pueblo, bañado constantemente por los vientos del sur, así también parecen más puras las ofertas y las recepciones, y parece que las palabras obsequiosas corresponden casi siempre a la idea y al sentimiento.

Ello es que cuantos van a pasar algunas horas o días en familia, vuelven satisfechos y prometiéndose tornar de cuando en cuando. Muchos tienen sus recuerdos íntimos vinculados a aquellas casitas rodeadas de jardines, a aquellas cabalgatas que levantan el polvo abundante de las calles, a aquellos árboles sombríos de la plaza, a aquellos bancos rústicos de la estación, y no es fácil ni leal condenar así de llano un pueblo en que se han sentido emociones que duran lo que la vida, en que se ha gozado puramente, en que se han levantado tantos castillos de aire, nidos que nunca tendrán sus palomas, pero en los cuales de sobra se complacen y juguetean las imaginaciones romancescas... Cuando uno ve el presente envuelto en sombras, y lo porvenir amagado también de sombras quizá aún más densas, vuelve los ojos, como para descanso, hacia los días que se fueron, y saborea el amargo placer —pero que al cabo es placer— de la recordación de los días buenos en el tiempo malo...

San Bernardo es también un lugar de salud, como lo han probado no pocas curaciones, y tiene la gran ventaja de estar a un paso de la capital, lo que facilita la ida de los médicos y el envío de las medicinas. El establecimiento en ese pueblo de un gran gimnasio o de un instituto particular de segunda enseñanza sería un gran progreso y un beneficio inapreciable para los padres de familia de Santiago. Reunidos doscientos o trescientos internos en aquel clima de elección, en aquella atmósfera siempre ventilada, no insoportable en verano y templada en invierno, disfrutarían de salud cumplida, crecerían robustos, desarrollarían ampliamente todas sus facultades y estudiarían con provecho y satisfacción. La moral y la higiene aconsejan radicar los planteles de educación lejos de las grandes ciudades, donde la abundancia de aire haga a éste salubre, donde los niños y los jóvenes tengan amplio horizonte y puedan familiarizarse con los espectáculos y maravillas de la naturaleza, y dividan los ratos libres entre los juegos propios de la edad y el

ameno cultivo de las flores, las legumbres y los árboles. El levantarse temprano en el campo, el ejercicio moderado a caballo y las caminatas a pie por los cerros o dehesas vecinas darían gran impulso a su desarrollo físico, creándoles una naturaleza capaz de resistir a la acción destructora del trabajo de la vida y de las enfermedades reinantes en las ciudades. La instrucción científica y literaria podría correr parejas con aquellas prácticas disciplinas, a virtud de que la cercanía de la capital daría facilidades para la traslación de los profesores. Si más tarde o más temprano se ha de pensar en aislar de la gran ciudad del Mapocho los seminarios de toda especie —como está ya algo aislado el seminario eclesiástico del arzobispado— ¿por qué no empezar desde luego la obra, hoy, sobre todo, que en aquel pueblo de salud se podrían obtener con más ventaja los terrenos que muy pronto alcanzarán su valor?

Pero estas consideraciones nos han alejado del camino de San José, por donde galopábamos alegremente una mañana de febrero. —Dejamos a nuestra derecha la estancia de Cerro Negro, que será famosa en la historia de la ciencia, porque allí radicó sus trabajos la comisión francesa que vino a estudiar el tránsito de Venus por delante del disco del sol el 7 de diciembre de 1882, y doblamos a poco andar para tomar el camino de los Morros. Era aquella una carretera desde donde abarcábamos una grande extensión del cauce del Maipo —desde frente al Peral hasta el cerro de Lonquén—, y desde donde veíamos en la orilla opuesta el alto camino de Pirque y del Principal, con sus añosos algarrobos y sus laderas bordadas de flores silvestres. Uno siente que todo su ser se le ensancha cuando se halla en medio de la llanura, cuando la vista se pierde en los confines lejanos, iluminados con profusión por el brillante sol de una mañana de verano... Respira a pulmones llenos, y la imaginación se puebla de fantásticas y halagadoras creaciones.

Y acaso una buena parte de la cabalgata iba soñadora... A la orilla de las tapias y a favor de la escasa sombra de algunos desparramados alamillos, galopaba una de las niñas de la comitiva, la avecita azul de aquel paseo entusiasta y familiar. Servíale de escudero uno de los célibes intransigentes, que acaso en esos momentos pensó alguna vez en que era mejor la sociedad de dos que la de uno; el otro célibe, que debía ser el futuro cronista de ese paseo, solía mirarla por simple recreación y velar por ella con la especie de ternura con que un viejo cuidaría una palmera naciente, cuyos frutos no había de probar jamás. De la edad de los diez y, que Cervantes calificó como la más dichosa, de ojos oscuros, que miran siempre halagüeña y reposadamente, de tez blanca y de mejillas de color de grana, de dientes alblísimos y bien formados y alineados, de esbelta apostura y de una pureza cenceña, original; flotante sobre todos esos espléndidos atributos de la forma, aquella niña, vestida de amazona azul claro, se merecía todas las miradas y todas las atenciones. ¿Por dónde revolotearía su imaginativa juvenil mientras iba entre aquel par de compañeros, qué habrían podido responderle sobre muchos puntos de le-

gislación o filosofía, pero que no podían darle la solución del problema de su amor?

En un pequeño recodo del camino están a uno y otro lado los dos cerritos, los dos *morros*, que han dado su nombre a ese puente del Maipo. Una inscripción recuerda al transeúnte que esa construcción se llevó a cabo bajo el gobierno de don Manuel Bulnes. A nuestra derecha, hacia el poniente, divisábamos el puente del ferrocarril y la espesa humareda del primer tren del sur de la mañana.

En la misma dirección dejamos el camino real, que se prolonga hasta Buín y hasta Linderos, y tomamos el de Pirque, que va costeanado la profunda barranca del río. A un lado el cerro alto, con tendidas faldas, al otro los precipicios del río, que allá en medio de su ancho lecho corre serpeando por varios cauces, en unos taciturno y silencioso, en otros alborotado y murmurador, y en todos con su teñido color de greda, indicio del légamo abundante de sus aguas que fertilizan el valle más rico de Chile. El río Maipo nace en el mismo *divortium aquarum*, al pie del volcán de su nombre, a una altura de 3.413 metros sobre el nivel del mar, formado quizá el hilo de sus aguas, entonces poco abundantes, por algunos derretimientos de nieve o por filtraciones de la laguna del Diamante, que se halla inmediata, aunque al otro lado del *divortium*. A poco andar, a unos quince kilómetros de su fuente, recibe despeñado al río de la Cruz de Piedra, que corre por aquellas breñas en dirección un poco oblicua de sur a norte. Igual dirección tienen más o menos, según las cambiantes ondulaciones del Maipo, sus otros pequeños afluentes, el Barroso, el Blanco, el Claro, el estero de los Piuquenes, el del Cobre, el de Agua Amarga, el del Tollo, el de Coipo y el *Clarillo*, término que debía ser de nuestro paseo. Por el lado del norte engruesan el caudal de sus aguas el río Negro, los esteros del Diablo y del Yesillo, y los ríos del Volcán y del Yeso, y el Colorado, por cuyo angosto puente, casi natural, pasa el camino que conduce a San José de Maipo y a la República Argentina.

En la parte comprendida entre el puente de los Morros y el Clarillo, la cuenca del río es desparramada y profunda, y ofrece vistas deliciosas a cada paso. La inclinación de la barranca sur no es violenta en ese punto, y uno puede llegar casi hasta el lecho mismo, pisando sobre los nabos y otras crucíferas achaparradas, y deslizándose por entre los maquis, y los espinos nacientes. Todo es allí hermoso, y tanto las obras de arte de los canales de irrigación como el panorama del cielo y de los bordes tapiados de verdura, elevan el espíritu a la morada de las reflexiones y de los sueños. Se va la memoria a la época en que el extenso y feraz valle comprendido entre el Mapocho y el Maipo era casi un erial, subordinado el cultivo del campo a las lluvias del cielo y a las pocas acequias, de corto curso, que se sacaban de alguno de esos ríos. El marqués de Balleary fué uno de los que más esfuerzo hicieron para convertir en realidad la grande idea del Canal de Maipo, que sólo quedó terminado con el primer tercio de este siglo. ¡Cómo ha venido la riqueza pública y privada

envuelta entre el limo de esas aguas turbias, que se deslizan a nuestras plantas en corriente sonora! ¡Cuán útil es un río en la economía de la humanidad! Tornadas en vapor bajo el influjo de los rayos del sol, sus aguas forman las nubes, y, purificando la atmósfera a su paso, caen en la tierra para dar vida a muchos campos y a la naturaleza entera: obedientes a la ley de transformación que rige cuanto existe, esos caudales de agua que han salido del río vuelven al río, trayendo, transformados, nuevos elementos de vida a su corriente. La vida animal, en la más alta acepción de esta palabra, no existe donde no hay un río, porque nada hay que pueda reemplazarle en las necesidades de cualquiera de los organismos más perfectos de la creación: por eso, desde el principio de los tiempos, las ciudades se han fundado a las orillas de los ríos. La vida vegetal, para brillar con esos mil y un matices que sólo pueden brindarnos los árboles y arbustos de la pradera o la montaña, o con esas variedades de crecimiento, de hojas y perfume que nos encantan en los jardines o con el lujurioso desarrollo de las frutas y las legumbres, ha menester otro riego que el del cielo, de otras aguas que los húmedos besos del rocío de la mañana. Un río es, por fin, fácil vía de comunicación para el comercio, motor poderoso para toda suerte de industrias, objeto de constante estudio para la ciencia, tema inagotable para el arte, con su verdura, su arena, sus sotos, su corriente y su murmullo.

Estas u otras parecidas reflexiones nos embarazaban en un alto que hicimos en el camino, a la sombra de un añoso algarrobo, bajo del cual hemos almorzado en otras de estas excursiones pintorescas, bien que hace ya tres o cuatro años, *cuando el tiempo había deshojado menos rosas en la frente*, cuando aún el corazón latía con violencia bajo el influjo de ardientes aunque nunca comunicados afectos... Y seguimos galopando, envueltos en nube de tierra, con el sol al frente, la montaña a un lado, y el río y el precipicio a otro. Pláceme galopar, como dice don Andrés Bello,

*Y, dando vuelta al pensamiento mío,
fijar la vista en la corriente undosa
con que apacible se desliza el río,
a cuyo murmurar visión hermosa
evoca el alma en dulce desvarío,
visión de alegres días que corrieron
sobre mi vida y para siempre huyeron!...*

Ya cerca del término de nuestro viaje, divisamos en la barranca fronterera unos cuantos sotos o bosquecillos, cuyo techo lo formaban en parte las tupidas lianas silvestres que servían de bóveda y de muro a aquel pequeño templo de la naturaleza, lianas que caían en dos, como cortinas de entrada al gabinete de una hada de las selvas, y formaban la puerta o abertura por donde se podía penetrar a aquel apartamento sombrío.

El remanso de las aguas formaba allí un estanque en cuyo líquido espejo iban a retratarse las crecidas algas de la orilla. En su fondo, ora oscuro, ora iluminado por un rayo fugitivo de sol, que se quebraba con vivos esmaltes en las capas de las aguas, se veían resplandecer temblorosas algunas facetas de luz verde, destellos emanados de algunas esmeraldas de esas arenas, o pupila de una náyade amiga del silencio, de esas que tienen los ojos del color del mar, en un rostro pálido, casi transparente, bajo un nimbo de cabellos dorados como el sol. En el misterio de esa soledad, bajo de la barranca, al borde del agua, y con el sordo mugido del río por único compañero, ¡cómo se siente el espíritu sobrecogido y cómo el corazón soñador domina a todas las facultades, y hace que acudan en tropel a la memoria los fantasmas de los días que fueron, para hacernos saborear la amargura del bien perdido en toda su intensidad! Y a modo de decoraciones movibles de un inmenso escenario, se ofrecen a los ojos del recuerdo las imágenes de la niñez, una tras otra, la casita donde se abrieron los ojos a la luz, el emparrado, bajo de cuya sombra se dieron los primeros pasos vacilantes, las hermanitas mayores, ese amor del alma y del hogar, que uno se figura ¡ay! que ha de acompañarle protectoramente para siempre, el Niño Dios de la cabecera de la cama con su fajita de color de rosa, sus crespiños rubios y en las manos su mundo de color gris, con cruz de oro, y hasta la sillita de paja en que se balbucieron las primeras letras, se aprendieron los primeros rezos y se derramaron las primeras lágrimas...

Como si terminara un acto y principiara otro, vemos pasar el día de nuestra entrada al colegio, la puerta de reja, el gran pino de Holanda del patio, las caras nuevas y ásperas contrastadas con las de la casa materna, el sacerdote que lo toma de la mano y lo lleva al patio donde hay un centenar de niños indiferentes que acogen al que viene a ellos con el bullicioso tumulto de quien va a tener por unos cuantos días un objeto de diversión, los largos años de aprendizaje, las alegrías de los triunfos, las penas de los arrestos, la salida, al fin, cuando ya el corazón empieza a abrirse a las primeras emociones, como ya se ha abierto la inteligencia a los resplandores del saber... El cultivo de las letras abre entonces ancho campo a sentimientos nuevos, a situaciones desconocidas: aquella *Estrella de Chile* en que apareció la primera producción literaria, en que se puso por primera vez en letras estampadas un nombre oscurísimo, y que más tarde habría de ser controvertido, las reuniones literarias de discusiones acaloradas, de interminables proyectos, y, por último, la lucha por la vida, empezada con afán, proseguida con labores duras y tristes, y duradera siempre sin que se le divise término... Más tarde, el raro, inexplicable afecto que se adhiere al corazón, como la hiedra al árbol, y al paso que le hace sujeto de indefinibles impresiones, le infiere la primera, sangrienta herida... ¡Cómo escribe uno diversos nombres sucesivos en los troncos de los árboles, creyendo con inocencia que es el último de todos el último grabado! La niña aquella, de faz pálida, de mirada

de esfinge —siempre impenetrable y misteriosa para un amante de dieciséis años—, esa niña primer cariño y primera honda amargura, que no leerá jamás estas líneas, porque los escritos profanos no transpasan los umbrales de los santuarios; la otra, la morena de fuego, “la niña de los ojos grandes”, como alguien la llamó en verso, conocida y amada en las breñas de un campo solitario, y que pasó por el corazón y el alma como una borrasca de verano, de aquellas que apenas dejan rastro de su paso devastador; la otra, que no fué nube pasajera del horizonte, sino que duró todos los años que vivió la ilusión de un amor correspondido, en quien se derrochó con prodigalidad un tesoro de juvenil y rica pasión, en quien se cifraron sueños locos de poeta y de amante aun para más allá de la vida del tiempo, y en quien se desplomó todo el castillo de las inocencias del niño, todo el bagaje de las risueñas esperanzas del hombre... y, por fin, el ideal en carne, el ser a quien nunca se le ha hablado de amores, porque sería indigno ofrecerle en tributo un corazón gastado por una antigua pasión sin freno, el ser a quien tenderán siempre las alas del alma, no para unirse a ella con la parte de barro y de materia, sino para amarse y confundirse con ella, en otra mansión mejor, depurados ya los sentimientos y el cariño en el crisol de toda una vida de expiación y pena... Ese ser, amado en el misterio ayer, hoy y mañana, y que seguirá siendo el ídolo del altar, aun cuando otro sea el que le brinde ofrendas como su dueño y señor, porque

*“... que yo tenga para siempre el ángel,
y él tenga aquí cien años la mujer”,*

ese ser aparecía con una vida particular, con la vida de las sombras amadas, representado y evocado cien veces en los cambiantes de luz de las aguas del remanso, en el murmullo de la corriente del río, en el canto de las aves que paraban y se alejaban, y como personificado con el recuerdo constante, excitado allí por la rumorosa poesía de aquel paisaje sin rival.

¿En qué pensaban los demás de la caravana? ¿Rememoraban también los amores de otros días? ¿Haría sus graciosos y dorados proyectos de porvenir la avecita azul de aquella jira, la niña sin pasado?

Ello es que silenciosos franqueamos a galope el corto trecho que nos separaba del Clarillo, cuyas aguas se acuerdan con el nombre, y nos pusimos a la vista de la humilde vivienda, perdida en el arbolado, donde íbamos como quien dice a asentar nuestros reales por algunas horas.

Verdadero patriarca de aquella heredad parecía el anciano Isidro, que salió a recibirnos con el sombrero de paja en la mano. Nos recordaba al Chactas de la leyenda de Chateaubriand. Era de aquellos hombres a quienes durante una vida entera se les conoce iguales, quebrados de arrugas y con la cabeza completamente blanca, pero siempre madrugadores y ágiles y fuertes para el trabajo rudo del campo. Las añosas higuerras que nos iban a dar sombra no lo habían conocido nunca joven.

Mientras la gente que se nos había adelantado en el coche hacía los preparativos del almuerzo, nos echamos a andar por aquella dehesa, rica en toda clase de árboles como que era vecina del río. Tendidos en la hierba, nos pusimos a gozar de la sombra de un maitén, este lindísimo árbol de nuestros campos, de hoja perenne, de hermoso color verdegay, y que es el antagonista del litre. Cuando las exhalaciones de éste dañan al cutis de alguna persona predispuesta a las enfermedades parecidas a aquella cuyo nombre recordó a don Quijote el de Sarra, el colono de nuestros campos recurre a las hojas del maitén, y su zumo acre hace desaparecer como por ensalmo la erupción. ¡Sabidurías de la naturaleza! al lado del litre silvestre, crece también silvestremente el maitén. Allí retozamos como de niños, olvidando los lustros que nos hacen graves y dejando de mano el carácter que a uno le imprimen su modo de ser habitual y sus laboriosas ocupaciones. ¿Por qué no habíamos de tener también siquiera un día de puras *lupercales*? Y era un día 22 de febrero, de este año en que la cuaresma ha caído lo más tarde que permite la Astronomía, y por consiguiente, faltaban aún algunas semanas para que la ceniza en la frente viniera a recordarnos que somos polvo, y que hoy o mañana nos llevará el viento sobre sus alas.

A eso de las diez y media nos sentábamos a una mesa completamente rústica, pero en la cual no faltaba cosa alguna de las que exige para la limpieza la pulcritud inglesa. Lord Chesterfield habría podido almorzar con nosotros.

Como se deja entender, el primer plato fué nuestra tradicional *cazuela* de ave, hecha a la manera campestre y comida campestremente, con lo que queda dicho que era y la hallamos exquisita. En Dios y en mi alma tengo que he de lograr que la Real Academia Española dé alguna vez cabida en su autorizado Léxico al término *cazuela* con la significación de nuestro guisado peculiar y favorito. *Cazuela*, según esa respetabilísima Corporación, sólo tiene tres significados propios: cierta vasija redonda de barro, más ancha que onda, de varios tamaños, que sirve para guisar y otros usos; guisado que se hace en ella, compuesto de varias legumbres y carne picada; y sitio del teatro a que sólo podían asistir mujeres. ¡Qué distante de asemejarse a nuestra sabrosa *cazuela* ese guiso de legumbres y carne picada!

Naturalmente que a su tiempo vino el costillar de cordero, atravesado por un asador que no era el de que habla Iriarte en sus fábulas. Esto y otras viandas más, remojadas oportunamente con un aloque de esos terruños, constituyeron un suculento almuerzo que fué con regocijo y bulla, y entre todos amigos, para que propiamente pudiera llevar el nombre de jira. Y ya, con el corazón contento, como reza el adagio, volvimos al retozo y a la alegría juveniles, y se charló y se rió, y se habló *omni re scibili*, y hasta se trató, como es de moda y estilo, de declamar alguna poesía de Núñez de Arce. Sin duda que, para ese caso, el *Idilio*

alcanzaba la preferencia universal... pero nadie se lo sabía bien de memoria.

A eso de las tres tomamos once y nos apercebimos para la vuelta. Como colegiales que suben al coche para dirigirse al colegio después de vacaciones, así salimos de los rústicos umbrales de la heredad de nuestro viejo Isidro: nos separábamos de un lugar donde habían discurrido amenas y ligeras las horas, estas horas de ordinario tan pesadas y tan adversas.

Y volvimos galopando y variando de camino para conocer más tierras y ver algo nuevo.

A la ida habíamos pasado el Maipo por el puente de los Morros; a la vuelta lo pasamos por el de Pirque, construido por don Melchor Concha y Toro. a cuya espléndida casa y ameno parque echamos un vistazo. Seguimos por callejones y alamedas que parecían interminables hasta que al fin tomamos el camino de San José que nos dejaba a la puerta de la hospitalaria casa en que había de tener coronación aquel paseo de alegría y de amistad.

Después de una larga caminata a caballo, sobre todo si es hecha por personas ajenas al campo y de sus trajes y sus usos, la operación de lavarse y de sacudirse la tierra y de aderezarse la ropa, es, en verdad, de las más indispensables. Es entonces cuando cabe decir sin retóricas la frase ya vulgar, a fuerza de tan usada: "He ahí que hemos venido *cubiertos con el polvo del camino*, etc."

Y en seguida, a comer... ¡Qué vida, a veces, la del campo! De levantarse, al desayuno, del desayuno, a pasear a pie o a caballo, del paseo, a almorzar, del almuerzo otra vez a pasear o a retozar alegremente a la sombra de los árboles; de este nuevo paseo, a la comida, de la comida a pasear otra vez, *para bajar la comida*, y de este último paseo, a tomar el té o a cenar, y por último, a acostarse, para reanudar al día siguiente el hilo de semejante vida... Comer, pasear, dormir... Si estas fueran las únicas ocupaciones de la existencia ¡con qué injusticia se habría llamado valle de lágrimas a la tierra! Se echaría de menos, sin duda, la vida intelectual, porque no sólo de pan puede vivir el hombre de pensamiento y de razón, pero en trueque, se habrían eliminado las penas y las amarguras, que son las que hoy se dividen casi exclusivamente el dominio de nuestro ser... Por desgracia o por fortuna, esos días de olvido, o, si pudiera decirse, de amnistía que se nos otorgan, no son nunca ni muchos, ni muy frecuentes... Por eso también la memoria los guarda religiosamente por largo tiempo; por eso a uno de ellos he consagrado este recuerdo...

Refiere el barón de Hübner en la interesante relación de sus viajes por la Oceanía, que por veinte o más años los habitantes de Samoa o de Fidji conservan en la memoria el nombre del crucero que los ha visitado y del capitán que les ha hecho obsequios. Tan de tarde arriba a sus puer-

tos peligrosos algún buque de guerra, que su llegada y permanencia constituyen un verdadero acontecimiento.

Lo mismo, cuando un día de puro regocijo viene a interponerse entre muchos de aislamiento y soledad, su recuerdo permanece clavado por largo tiempo en la memoria y es consolador volver a él la vista de cuando en cuando, como a un estrecho panorama de verdura en medio de un terreno escabroso o desierto. Así, la representación de algunos de los días solemnes de la niñez, aquel en que obtuvimos nuestro primer triunfo de colegio, o en el que hicimos nuestros votos infantiles al pie de la Virgen graciosa de manto azul y de vestido blanco, nos acompaña durablemente en toda la extensión de la vida, como el murmullo de una música suave y lejana...

Marzo de 1886.

(*Revista de Artes y Letras*).

EN LA MESA

A TODOS Y A NINGUNO.....

"Don Quijote pidió y rogó al Bachiller se quedase a hacer penitencia con él. Tuvo el Bachiller el envite, quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho y renovóse la plática pasada", se lee al final del capítulo III de la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*.

Ese bachiller, convidado de don Quijote, era para éste persona de suma confianza, y, sin embargo, el dueño de casa hizo agregar al ordinario, o sea a los platos que se servían regularmente, un par de pichones. Hay que advertir además que en casa del hidalgo manchego no se comía del todo mal, según se puede caer en la cuenta por la especie de minuta de sus comidas diarias que aparece en las primeras líneas de la primera parte.

Todavía conviene atender a que en la mesa se trató de asuntos no enojosos para nadie, y a que el convidante los trató con humor, o sea con jovialidad, y, por último, a que el Bachiller, amigo de diario y vecino, necesitó para quedarse a comer no sólo que se lo pidieran, mas que le rogaran.

Tales o parecidos comentarios o consideraciones ocurren sin dificultad a quien lee ese párrafo, y es del caso tenerlas presentes cuando se recuerda la obstinación con que algunas personas convidan a comer a sus casas, es decir, a *hacer penitencia*, conforme a la frase modesta de don Quijote, y resulta que los convidados hacen penitencia de veras y

no de bromas, como que se quedan realmente a esta cruz de Dios, y tienen que andar de trasnochada buscando su bodigo por otras partes.

Gentes hay que usan magníficos comedores, alhajados con muebles aparatosos y artísticos, en cuyos espejos se copian ricos vidrios cortados, o plaqués de brillo deslumbrador; que, en sillas de respaldo laboreado y derecho, hacen sentarse a una mesa en que abundan las flores, los cubiertos, los cristales y las servilletas con vistoso monograma y con pliegues de más o menos gusto; que, en una palabra, preparan el apetito con una especie de olor a bienestar aspirado en aquella sala amplia, morada al parecer de la holgura y de más que un buen pasar; y que después sirven a sus convidados por toda comida alguna sopa de fideos vulgares, o algún plato de papas con arroz, y el indispensable tasajo al horno, con ensalada repelada, todo esto rociado con algún vino peleón y cristiano, que aceda el estómago, y quita la gana de echar cortadillos aunque se tenga sed.

Ni más ni menos como si el hambre se saciara con la vista, o como si se convidara no a comer, sino a admirar lámparas de muchas luces, tallados aparadores, costosa vajilla o cristalinos de Bohemia!

Nadie tiene derecho a convidar a nadie sin que pueda ofrecer, en el peor de los casos, lo mismo que el convidado tiene en su mesa: iguales platos, igual vino, igual conversación. Lo contrario, es mortificar al prójimo, y ningún hombre ha de hacerlo, mucho menos so capa de cariñosa invitación.

Tener compañía en la mesa, y más si ésta es grata y decidora, es doblar el placer natural de la comida, es recibir un servicio que no puede pagarse sino cuando se tiene la misma moneda para retribuirlo. Así el que con el huésped lleva a su hogar la plática del almuerzo o de la comida, contrae con él una deuda, y no puede defraudarlo en la esperanza de gozar siquiera de algunos buenos manjares en pago de la que lleva sabrosa compañía y conversación.

Y aquí viene, como anillo al dedo, el otro comentario o documento recogido del párrafo de don Quijote: el dueño de casa debe dar conversación agradable a sus visitas, mostrarse jovial con ellas, y no esperar que los de fuera hagan el gasto y sean a modo de consoladores o paños de lágrimas. Si no es capaz de mantener la parla de la mesa, de ser el alma de la conversación, tenga, al menos, el tino de dirigirlo todo, actos y palabras, a algún argumento simpático y fácil para los convidados, en manera que insensiblemente sean éstos los que le subroguen, le tomen la palabra y desempeñen su papel.

No faltan, en comidas de confianza singularmente, tipos más o menos sin talento ni cultura, pero con ciertos ribetes de mordacidad, confundida por algunos con el salero ingenioso, que jamás pronuncian una sílaba que no sea alusión personal, o materia infamante o calumniosa, y con referencia también y siempre a personas, y principalmente a las que no se hallan delante. Individuos éstos incapaces de entrar en narracio-

nes, disertaciones, o meras charlas que a todos interesen y a nadie perjudiquen, charlas que a porrillo asedian la mente y la memoria de los hombres discretos e ilustrados, que tienen rebotando la cabeza de asuntos, ocurren entonces al fácil y grosero expediente de beneficiar la inclinación común a recibir, con sonrisas por lo menos, todas las frases o alusiones de los malévolos que se ocupan en cortar de vestir al prójimo presente o ausente.

Otros, y de ordinario, suelen ser personajes que han llegado a puestos de consideración, no por lo que se debe a sus merecimientos personales, sino por obra y gracia de padrinos y valedores, o por haber seguido pesada y largamente la carrera de los ascensos, y alcanzado al fin un puesto hartamente superior a su talla; otros, que con cierto tonillo, de malicia y sentencioso a la vez, que acredita, en su entender, vena satírica y gravedad, toman por su cuenta, vamos al decir, al más débil o más paciente de los que se sientan a la mesa, y logran, a expensas de éste, mantener en hilaridad a los demás, quienes, por reverencia al empleo más que a la persona, asienten a sus dichos bolonios, y concurren, a las veces de mal grado, a mantener en espinas a alguna buena persona que, por no ser aguafiestas, dar una campanada, o perder un amigo, o hacerse de un enemigo principal, se calla, y hasta se sonríe ante las insípidas inconveniencias del magnate que quiere echarlas de chistoso. Este sistema de distraer a los convidados o amigos, a expensas de otro de ellos mismos, es de todos el que revela más pobreza de meollo, y menos altura y dignidad de sentimientos, y el que jamás debe imperar en la mesa de la gente bien nacida.

También los que aprovechan las horas de comida para averiguar a los huéspedes sus entradas y salidas, como si el convite hubiera sido para confesión de culpas y declaración de rentas, son tan pesados como los anteriores, y debe declarárseles incapaces de una buena compañía, como si fueran hombres que comieran el pescado con cuchillo, se sonaran con la servilleta, o fueran bastante sucios para mondarse los dientes entre comida. La plática tiene que ser siempre grata para todos, odiosa para nadie, y sobre temas limpios y gratos, cuando no interesantes e instructivos.

¿Y qué decir de aquellos dueños o dueñas de casa que se hacen servir a sí propios un vino de clase determinada, y escancian otro diverso o inferior a los de su comensalia? Son del todo parecidos a aquellos que andan poniendo los ojos en lo que cada cual bebe, no sea que se desmida, como si los convidados fueran menores de edad, o de esos sujetos, no escasos, que se levantan achispados de toda mesa a que se les invita.

Esas maneras en unos merecen tanta crítica como en otros el aceptar cualquiera insinuación, que no alcanza a revestir los caracteres de un convite a comer. Ya se ha visto que don Quijote *pidió y rogó* al Bachiller que hiciera penitencia con él. Tanto más cuanto el convite serio lleva envueltas, para el que lo hace, todas las obligaciones que quedan apun-

tadas, y también la de indicar al huésped las personas en cuya compañía va a encontrarse en momentos tan delicados como los de la mesa.

Decir "váyase esta tarde a comer conmigo" a una media docena de personas, es algo sencillo cuando en la cocina y el comedor nada falta; pero no lo es tanto si se toma en cuenta que esa frase envuelve la responsabilidad de unir estrechamente a individuos que tal vez nunca quisieran hallarse juntos. Por eso nadie debe hacerse jamás el invitado, ni se debe invitar a nadie sin darle con oportunidad noticia de las personas con quienes habrá de alternar entre plato y plato.

El placer de la comida, resultante a un tiempo de una necesidad satisfecha y de la apreciación que el paladar hace de los sabores y condimentos, es uno de esos placeres que, en la generalidad de los casos, sobreviven a la extinción de los demás. Cuando el hombre va envolviéndose en las sombras de la tarde, no quedan sino los deleites de la inteligencia y de la imaginación para quienes han tenido facultades que dedicar a una y otra, y también estos otros deleites culinarios, muy inferiores en calidad y naturaleza, por supuesto, pero acaso iguales en intensidad. Mirarlos en menos, es desconocer el papel que les cabe en el desarrollo y mantenimiento del organismo, y en la prolongación misma de la vida: el trabajo y peso de las ocupaciones, como decía el hidalgo de la Mancha, "no se puede llevar sin el gobierno de las tripas". —Yo como por mantener el bruto", suelen decir algunas personas: ¡felicis gentes para quienes da lo mismo un pedazo de *charqui* machacado que un pollo a la bordalesa, o unos timbales rellenos con tallos de alcachofas! Esas tales —como en otro tiempo— debían atrancar a piedra y lodo las puertas de su casa a la hora de comer y de almorzar, que no llegue nadie de fuera, como si la satisfacción de la junta y de la plática no se multiplicara, considerablemente cuando se recibe en torno de una mesa bien servida, y a par con el gusto que a un paladar educado producen los guisos selectos y de artística preparación.

Porque, así como "todo se puede decir en este mundo, y todo está en la manera de decirlo", así también no hay plato tan absolutamente detestable que no tenga un modo grato y tentador de presentarse. Difícilmente rechaza el gusto lo que la vista ha consagrado con su aprobación.

No faltan quienes crean, en punto a materia de comida, que todo el toque está en la multiplicidad y abundancia de los platos, como si pudiera convidarse a la gente a reventar, o a permanecer un medio día sin moverse de la silla del comedor. No: tanto el almuerzo como la comida han de ser de platos contados, que permitan, al alzarse los manteles, los mismos movimientos y ejercicios que de costumbre, o pasar sin molestia a alternar en las pláticas del salón social de mayor cultura. Como precepto que resume lo anterior, puede sentarse que nunca ha de conocerse, ni en la fatiga de la comida ni en el exceso del beber, que alguien ha estado sentado a una mesa de invitación especial.

¡Y que nunca haya brindis! Los brindis sólo se conciben y se explican cuando la reunión tiene algún carácter diverso del que ordinariamente informa a las fiestas de comedor. Se entiende que si éstas no son más que el pretexto, si en ellas se trata de aclamar a un candidato, o de escucharle su programa, los brindis están en su lugar, y son la esencia y el constitutivo de la reunión; pero en los demás casos son odiosos, o cuando menos impertinentes.

Si apenas es tolerable el uso, que podría tildarse de cursi, de decir *¡salud!* a cada una de las copas que se beben, es en cambio del todo intolerable el que al *convidado a comer*, se le obligue a *oír*, y a oír, en la generalidad de los casos, si no despropósitos, tremendas vulgaridades. Cualquiera puede observar que no son los más hábiles ni los más cultos los que inician de ordinario la larga serie de brindis en las comidas o cenas de confianza con que se celebran los santos lugareños, o las fiestas de familia en algunos hogares respetables: son los tipos que nunca podrán alcanzar otra celebridad que la que la alegría de la mesa puede darles en aplausos inconscientes, tanto más ruidosos cuanto más vacía de sentido y de fuerza ha sido la insulsa y rimbombante palabrería.

En materia de brindis, la mayor economía posible, si no se quiere la avaricia; en materia de comida, lo mejor, más elegante y más moderado; en punto a comensalía, los discretos, cultos y joviales; y en punto a inscripciones y adornos de comedor, la sentencia de Hipócrates, que en todos ellos debía estamparse con letras de oro: "*Cibus, potus, somnus, Venus, sed omnia moderata*". "Comida, bebida, sueño y Venus, pero todo moderadamente".*

(*La Revista Ilustrada*, Santiago, 8 de febrero de 1897).

* Nótese que este magistral comentario, con tanta elegancia como agudeza escrito, está inspirado en tan sólo cinco renglones del final del capítulo III, 2ª parte, de *El Quijote*. Si bien hay en él algo de la erudición propia del primer cervantista chileno, y abunda en toda su extensión la gracia retozona de un Rodríguez Marín, constituyen más bien estas reflexiones un pequeño código de normas sociales y de buen gusto en el arte de la comida —que en ciertos aspectos nos recuerda la "*Teoría de la Elegancia*", de Eugenio Chapus—, todo ello inspirado en la glosa de unas breves frases de "*El Ingenioso Hidalgo*", que para este otro "*Ingenioso Hidalgo*" encerraban un mundo de discreción, buenas maneras y sabrosidad en la charla y los manjares. (Nota del compilador).